

EL PATRIOTA COMPOSTELANO.

MARTES 1.º DE MAYO DE 1810.

POLÍTICA MILITAR.

El furor de dar batallas debe desterrarse de entre nosotros.

La mayor parte de la Nacion pregunta ¿por qué los franceses han derrotado y destruido los numerosos ejércitos que hemos levantado para nuestra defensa? ¿por qué han obtenido tantas y tales victorias? ¿y por qué han penetrado casi impunemente hasta las costas de Andalucía?

Unos atribuyen á traicion estas desgracias, otros á cobardía, y nadie, ó muy pocos á ignorancia y á imprudencia, únicas causas de nuestros desastres, y que nos arruinarían totalmente, si no tratásemos en adelante de corregirnos.

Puede afirmarse que no hubo traicion en nuestros ejércitos, pues la totalidad de jefes y oficiales á quienes se han atribuido nuestras pérdidas, lexos de quedarse con el enemigo para evitar el castigo de semejante delito, se sometieron á varios consejos de guerra que han juzgado su proceder y sus disposiciones, y fiados en la rectitud de su modo de pensar, han permanecido fieles á nuestras vanderas. Si la traicion hubiese sido parto de personas de otra clase las contaríamos en el ejército enemigo, pues bien persuadidos de que no podían quedar ocultas siempre sus infames tramas, no se hubieran sin duda expuesto á presentarse delante de un pueblo patriótico y entusiasmado, que juró eterna guerra á los enemigos de su independencia.

Es tambien seguro que no ha habido cobardía; pues aun-

que muchos cuerpos han abandonado vergonzosamente en diversas ocasiones sus puestos, dispersándose de un modo escandaloso, esto debe atribuirse mas bien á la ignorancia y á la indisciplina, que á la falta de valor, virtud innata en todos los Españoles; pues hemos visto que los mismos cuerpos que se cubrieron de ignominia y oprobrio con su conducta anterior, han dado despues pruebas nada equívocas del patriotismo mas exáltado, y del valor mas enérgico. Aunque el ejército español fuese acusado de cobardía, bastaran para hacer desaparecer este infame y denigrativo borron la constancia, valor y acierto de nuestras divisiones en Baylén; la resolucion atrevida y generosa de las tropas que teníamos en el Norte; el espíritu y firmeza con que se batieron en Espinosa; la bizarría de la batalla de Valls; las inimitables defensas de Zaragoza y Gerona; el memorable quadro que en la accion de Alba de Tormes formó la vanguardia del ejército de la izquierda; y otros mil hechos valientes que han excitado la admiracion de nuestros mismos enemigos.

Luego es preciso convenir en que nuestros desastres deben atribuirse unicamente á ignorancia de los xefes, al abandono de nuestra oficialidad por igual causa, y á la indisciplina del soldado, efecto de su ninguna instruccion. ¿Qué mayor ignorancia que creer, como muchos han creído, que tropas de nueva leva dirigidas por oficiales visos y Generales poco expertos, pudiesen alcanzar victorias contra unos enemigos aguerridos, perfectamente organizados, dirigidos por un cuerpo científico qual es su Estado mayor, y conducidos por Generales, que aunque no sean muy inteligentes, tienen en su auxilio la práctica de que nosotros carecemos absolutamente? ¿Qué mayor imprudencia, que pensar en vencer á un enemigo formidable, haciéndole una guerra, que conoce perfectamente, habiendo nosotros adoptado su misma táctica, en la que él puede considerarse como maestro, sin que nosotros podamos aspirar á otro título que al de principiantes?

Los resultados debian ser tan funestos como desgraciadamente hemos visto, y á pesar de tantas y tan duras

lecciones, aun no ha desaparecido el furor de dar batallas, aun no se ha querido adoptar un sistema mas conveniente y ventajoso, aun, por fin, no se ha querido salir de un error, capaz de causar inevitablemente nuestra total ruina.

Si los que hasta ahora han clamado por batallas, tuviesen conocimiento de lo que son, y hubiesen estado persuadidos de lo arriesgada que es para un ejército visofio esta complicada operacion, hubieran desistido sin duda de su funesto empeño, hubieran amonestado á la nacion, y héchola ver lo contraria que era á sus intereses, y no hubieran obligado en cierto modo á los Generales á presentarse delante de un enemigo demasiado diestro y aguerrido. Pero la mayor parte de estos incautos Españoles ó repetian sin conocimiento las ideas y expresiones que cautelosa y disimuladamente esparcia el enemigo, ó bien suspiraban solo por acciones decisivas; deseosos los unos de volver á entrar en sus hogares, ansiosos los otros de alexar á los enemigos que los amenazaban.

El Pueblo, como es natural, desea siempre vencer, y viendo que la opinion de las gentes ilustradas era dar batallas, que los papeles públicos pintaban lisonjera nuestra situacion, y muy ventajosas nuestras fuerzas, ó culpaba de indolentes y cobardes á nuestros Generales, si obraban con prudencia, ó los trataba de traidores si las acciones no correspondian á sus deseos. Llegó á tal punto la enfermedad de imaginacion, que muchos padecieron, que unos querian se desalojase en un momento á los franceses de su posicion sobre el Tajo, otros eran de parecer de que se asaltase Barcelona, otros pedian que se sorprehendiese Pamplona, y así por lo demás.

Puestos los Generales en la dura alternativa de pasar por cobardes sino operaban, ó por traidores si sus operaciones no tenian un éxito feliz, procuraban resistir al principio al torrente impetuoso de la opinion pública; mas ostigados por toda clase de personas, delatados tal vez injusta y vilmente al gobierno por gentes immoderadamente zelosas y absolutamente ignorantes, se decidian al fin á dar una batalla general; pues siendoles facil manifestar su patriótica con-

ducta exenta de traicion é infidencia, se libertaban de este modo de la nota de cobardes, la mas sensible á un militar que tiene bien sentada su opinion.

El gobierno por otra parte favorecia las ideas populares, queria que se cumpliesen los deseos del vulgo, y en lugar de sostenerlos retiraba y confundia á los Generales que evitaban ó perdian las batallas. Si algunos encontraron apoyo en la Junta central, á pesar de sus desgracias, fué porque estas provinieron de la execucion de algunos proyectos formados en la misma Junta, ajenos de exáctitud y posibilidad, y dignos partos de los que los concibieron. El gobierno esperando que una batalla ganada al enemigo fuese capaz de conciliarle la benevolencia pública, y de confirmarle mas y mas el poder absoluto, no dudaba en que se debian poner todos los medios para conseguirlo. La ambicion de mandar y la escasez de conocimientos militares no le dejaba reparar en la execucion, y los tristes resultados de este modo de pensar son harto palpables por nuestra desgracia.

El furor de dar batallas estaba tan arraigado en la Nacion despues de la de Baylén, que fué imposible destruir esta fatal idea. Intentáronlo militares de conocimientos, que en varios escritos pronosticaron muchas veces al gobierno las operaciones que haria el enemigo si se le atacase, las causas de la futura derrota, y su influxo en nuestra situacion; pero todo fué siempre en vano.

Un frayle, un oficial visón, un General inexperto, concurría por casualidad en casa de un ministro, de un representante ó de uno de los que se acercaban al gobierno: se hablaba de operaciones militares, se contaba con exercitos imaginarios, se proyectaba por fin una batalla, y al dia siguiente se presentaba con grandes misterios un plan á la superioridad. De sus individuos, unos no lo oian, otros lo despreciaban, y casi ninguno lo entendia. Si era operacion que lisonjase un partido se adaptaba, como este tuviese influxo; se facilitaban algunos medios, y se buscaba un General desesperado, que quisiera ponerse al frente de un disparate. Se comunicaban las órdenes, y al instante llovian representa-

ciones al gobierno para evitar una desgracia. El decreto fatal estaba comunicado y era fuerza cumplirlo. Un desastre era regularmente el premio de semejante ligereza, y entonces todo el mundo trataba de disculparse. El gobierno echaba la culpa al General, y se creía lavado de su mancha con una proclama que hacia, con una comision que despachaba: el General deseando quedar bien en su responsabilidad acusaba á la oficialidad, y esta al soldado, pues nadie queria tener la culpa. De modo que la Nacion, agena de semejante encadenamiento de intrigas, vió perder muchas acciones, sin saber á quien atribuir tantas desgracias.

Si el gobierno, en vez de fomentar tanto periódico inútil, tanta proclama vaga y sin objeto, con que se alucinaba á la multitud sin inspirarla aquellas ideas nobles que corresponden á todo Español, despues de haber hecho una revolucion tan justa como maravillosa; si el gobierno, volvemos á decir, hubiera tratado de ilustrarnos con la libertad de Imprenta (en todas materias, excepto la de religion), y por medio de periódicos juiciosos, que al paso que hubiesen presentado la imposibilidad de ser conquistados, no hubiesen ocultado los muchos medios de vencer que tenia el enemigo y el único que nos quedaba, que era el evitar acciones generales, entonces la Nacion, viendo que se la hablaba un lenguaje paternal y verídico, se hubiera entregado del todo á su direccion, y desistido absolutamente del fatal empeño de querer dirigir la guerra.

Es imposible que de la docilidad y hombría de bien española no se lograra por este medio quanto se hubiera querido, mucho mas si se la presentaba un quadro en que se la hiciese ver: 1.º La poca experiencia de la mayor parte de los que mandaban los exercitos, los quales jamas habian maniobrado en línea, ni tenian conocimiento de los cuerpos que mandaban; mientras que los Generales enemigos poseen con perfeccion la ciencia de las maniobras, y conocen mejor el interior de sus divisiones y brigadas, que nuestros capitanes el de sus compañías. 2.º La poca instruccion que habia en nuestros exercitos, principalmente despues de la época de nuestra revolucion, en la que el fa-

vor, la casualidad, y no pocas veces el crimen proporcionaron escandalosos ascensos, al paso que en el ejército enemigo todo es orden y exactitud, y que en él todos los oficiales de cierto tiempo tienen unos conocimientos y una conducta, que no tendremos nosotros sin una severa disciplina y mucha firmeza de caracter en Generales y jefes. 3.º La dificultad de maniobrar que tiene un batallón nuestro, y por consiguiente una línea de muchos batallones, porque es absolutamente imposible que de golpe se alcancen estos conocimientos; quando nuestros enemigos se exercitan hace veinte años en esta ciencia, en la qual pueden ser tenidos por maestros. 4.º La imposibilidad de maniobrar acertadamente con cuerpos de todas armas, quando la falta de instruccion de la infantería es absoluta en la caballería, la mayor parte visofía, y quando á la artillería, á pesar de estar sabiamente constituida, la faltan para poder operar mil auxilios y medios, de que carece. 5.º Los cortos conocimientos de nuestros Estados mayores, establecidos defectuosamente, formados por la casualidad, el favor ó el parentesco, y sin que hagan otra cosa que detalles miserables y rutineros, siendo de tanta duracion como el mando del General en jefe; quando el Estado mayor de nuestros enemigos es la obra mas perfecta que ha producido su revolucion, y quando su influxo en las operaciones militares es de mayor importancia que el valor de sus granaderos, el choque de su caballería, y el terror que infunde su artillería. 6.º La poca subordinacion que reyna en nuestros regimientos, por ser algunos de sus jefes hechos por el favor y la intriga, y por consiguiente expuestos por su poco teson y mérito á el desprecio y crítica de los subalternos que conocen sus defectos; quando en el ejército frances, los jefes son regularmente escogidos, y la subordinacion está en tal punto, que podría caracterizar de despotismo, si la carrera militar no exigiere parte de este sistema para su mejor constitucion.

No citemos vanamente algunos sucesos de feliz éxito que hemos tenido en el discurso de esta guerra. Otros motivos, otras causas concurrieron á proporcionarnos resultados ventajosos. Si la batalla de Baylén, por exemplo, honró el non-

bre Español, débese atribuir esto á la inteligencia y valor de los Generales, á la inmovilidad y acierto de las tropas, la mayor parte veteranas, al fuego de una artillería bien servida, á la estacion, al clima, y en no pequeña parte á un patriotismo que estaba en su mayor fuerza, y á una falsa operacion de los Generales enemigos. Si pudo verificarse la venida de nuestras tropas del Norte, fué porque la tropa y oficiales solo consultaron el fondo de su corazon, prestándose á las medidas que tomaba su Genetal de acuerdo con nuestros aliados, para vengar las víctimas sacrificadas el 2 de Mayo en Madrid. Si Zaragoza y Gerona se defendieron tan gloriosamente, en la primera fué un milagro de valor y patriotismo, y en la segunda porque ademas de su caracter y su deseo de la libertad, se vió auxiliada de todos los recursos del arte, de unos conocimientos nada comunes, y de una firmeza y constancia sin exemplar.

Si la Nacion hubiera conocido lo arriesgado que era dar batallas, y las ventajas y seguridad que presentaba un sistema totalmente opuesto, habria adoptado este último, y en el dia tendria exércitos y los enemigos estarian mas allá del Ebro.

En efecto, si en lugar de oponernos al torrente impetuoso, y destructor, con que el mismo Napoleon inundó la España, hubiéramos evitado veinte y dos acciones generales, que sucesivamente hemos perdido, y retirado excéntricamente á otros tantos puntos de defensa como nos ofrecen nuestras plazas, nuestras sierras y nuestros rios caudalosos, el enemigo hubiera tenido que diseminarse para perseguirnos, y debilitado de esta manera, el clima, el hambre y las guerrillas hubieran destruido su exército en breve tiempo. Todas las provincias entonces, teniendo en sus sitios escabrosos exércitos patrióticos, hubieran alimentado de un modo digno y temible para el enemigo la llama santa de la revolucion, y no hubieran decaído como algunas que en el dia estan á discreccion del vencedor. Incomodados por otra parte los franceses con una guerra del todo nueva, privados de comunicacion entre sí, faltos de los infinitos recursos que

les han proporcionado nuestras derrotas, pereciendo á cada paso de hambre, de cansancio y sobresalto, no teniendo ventaja alguna en un país, que no es suyo desde el momento que dexan de pisarlo, hubieran desmayado á los dos años; y nosotros en este tiempo tendríamos trescientos mil hombres y quarenta mil caballos con que hacerles la guerra. Este sistema salvó á Galicia: este sistema mantiene á Cataluña: este sistema hubiera libertado ya la España.

Equivocose el modo de hacer la guerra, y se escogió el que no nos convenia. Mas aun hay remedio: el Gobierno actual es mas ilustrado, menos numeroso, mejor recibido que el anterior, y tomará providencias que eviten los errores y desgracias.

Napoleon no es tan temible como parece, ni los refuerzos que puede enviar son tan considerables que no seamos capaces de destruir sus planes, con el auxilio de nuestros aliados los Ingleses y Portugueses.

Por fin: la conquista de España y Portugal no puede verificarse sin quatrocientos mil hombres, sin emplear muchos años, y sin que todos queramos que se verifique. Si Napoleon envia aquellas fuerzas no teniendo las costas, perecen de hambre en lo interior de nuestra península: si no las envia de una vez irán destruyéndose poco á poco, sin hacer mas que ocupar sucesivamente nuestras provincias, y quando Andalucía esté invadida y no subyugada, Valencia y Galicia enarbolarán el estandarte del honor y la justicia, hasta que mejor enterada la Europa de lo que la conviene, rompan finalmente sus cadenas, y agote este oceano de ambicion que hace desaparecer y absorbe los reynos mas vastos, y los gobiernos mas antiguos.

Variemos de sistema, y venceremos al injusto que nos oprime. Constantes en nuestro nuevo modo de hacer la guerra, diremos al fin victoriosos: *La libertad de España quedó establecida desde el momento en que, conociendo nuestra ignorancia, proscribimos el furor de dar batallas.* M. M. de B.

CON SUPERIOR PERMISO.

EN LA OFICINA DE D. MANUEL ANTONIO REY.